

¿Cómo piensa el psicoanálisis el sexo?

Susana Bercovich
Escuela Lacaniana de Psicoanálisis

Resumen

La llamada "normalidad" es una construcción que se ajusta al ideal de cada época. Los modos de practicar y de vivir los cuerpos y el sexo cambian con los tiempos y las culturas, por lo mismo, es necesario distinguir sexo de sexualidad. Por su parte, el sexo agujerea la razón, mina y contamina el pensamiento. No es otra cosa lo que nos enseña el psicoanálisis. Así, Freud encuentra allí su límite, el del psicoanálisis y el del sujeto. Freud, advertido.

Palabras clave

Sexo, psicoanálisis.

Summary

What we call "normality" is a construction that adjusts to the ideal of each period. The ways of practicing and living the body and sex change with time and culture; that makes it necessary to distinguish sex from sexuality. Sex pierces reason, damages and contaminates thought. That's what psychoanalysis teaches us. Thus, Freud finds there his limit, that of psychoanalysis, and that of the subject. Freud, be warned.

Key words

Sex, psychoanalysis.

El sexo, como un enigma, no es un invento del psicoanálisis

Desde todos los tiempos la mitología, el arte y la literatura han indicado la articulación del sexo con la muerte. Lo sexual está agujereado por el enigma que porta y, a la vez, el agujero en el sexo hace agujero en el discurso innombrable. El sexo no es aprensible por la palabra ni definible en el pensamiento, pues agujerea, incluso, a la teoría que pretende dar cuenta de él; no es otra cosa que lo que dice Freud cuando menciona lo que llama la castración (con-junción sexo-muerte) como la roca viva, el límite del psicoanálisis (y el del sujeto).

La teoría psicoanalítica no escapa de aquello mismo que indica: el psicoanálisis se ve atravesado por la imposibilidad de pensar el sexo. De modo que estamos ante un doble movimiento que, en verdad, es uno: lo sexual se presenta como agujereado, enigmático e imposible, en tanto que el sexo es lo imposible de pensarse y, por lo mismo, es causa de todo pensamiento.

Recordemos que Freud concluye que toda teoría es sexual e infantil. El niño quiere saber el misterio; el saber se origina en la curiosidad del niño por el sexo; luego, esa curiosidad se sublima: la escuela, las teorías, la ciencia son prolongaciones de la curiosidad sexual inicial.

De esta forma, las teorías —incluyendo a las teorías psicoanalíticas sobre la sexualidad—, son atravesadas por lo mismo que indican: hay algo impensable, inteorizable en el sexo, pues el pensamiento, como Freud también nos enseña, no escapa al poder de eros.

Eros rige también en el pensamiento; mina y contamina la conciencia, nada escapa a su poder pasivizante. Digámoslo así: el sexo es causa y resto del pensamiento. La paradoja también puede formularse del siguiente modo: ¿cómo pensar el sexo si éste mina y agujerea el pensamiento?

Es siempre desde el exterior donde un saber puede ser interrogado; es desde la historia donde el psicoanálisis es interrogado en cuanto a su intento de pensar y teorizar la sexualidad, no sólo desde la historia sino desde una actualidad que forma parte de esa historia; me refiero específicamente a Foucault, los post foucaultianos, Pascal Quignard y los helenistas.

Antes que nada debemos distinguir entre sexo y sexualidad. La sexualidad es una producción cultural que tiene que ver con los modos de pensar y practicar el sexo en las distintas épocas y en las múltiples culturas.

Las formas de vivir los cuerpos y de pensar el sexo cambian según los tiempos y las geografías; nuestra relación con los placeres varía en el tiempo. En Historia de la sexualidad, Foucault nos abre los ojos en cuanto a esa historia: la sexualidad tiene que ver con una producción cultural, y su historia es la historia de esa producción.

En Grecia antigua la relación erótica del hombre con el joven no era considerada "anormal" o "desviada" *per se*. Se trataba de cultivar y diversificar los placeres, las personas aún no eran clasificadas según sus gustos sexuales ni el sexo era objeto de estudio; sin embargo, el sexo como enigmático no es un invento del psicoanálisis.

En Grecia el sexo también era un problema, pero se le abordaba de manera diferente: la moral griega se origina como una reflexión acerca del establecimiento de sus límites: ¿hasta dónde entregarse a los placeres? También en la antigüedad el agujero en lo sexual originaba discurso y restricciones, pero

las respuestas y las resoluciones eran otras, mucho más benévolas de lo que vino después.

Por el enigma que porta, la sexualidad será un parámetro privilegiado de reflexión, fuente de producción de saberes. Así como la moral griega surgía como respuesta a la pregunta en torno a la entrega excesiva a los placeres, también los modos de practicar el sexo será un referente de clasificación psicopatológica en la modernidad científica. El psicoanálisis forma parte de la historia.

Con el descubrimiento del inconsciente y su nódulo sexual, el psicoanálisis abre paso a nuevos modos de pensar la sexualidad. A diferencia de los animales, la sexualidad humana está inmersa en el lenguaje y está hecha de símbolos; así, por ejemplo, el fetichista muestra el valor simbólico de la sexualidad humana: cualquier objeto puede ser un objeto erótico por lo que representa. Zapatos, pantuflas y enaguas pueden ser excitantes a diferencia de los animales, donde no encontramos fetichismos ni travestismos, porque de lo contrario no habría símbolos.¹ Notemos al pasar, y a propósito del ejemplo del fetichismo, que el psicoanálisis opera a la inversa del discurso psiquiátrico o psicológico: lejos de hacer del desvío una excepción encuentra, en el supuesto desvío, la norma. El fetichista muestra en lupa lo que es válido para todos: el carácter lábil y el valor simbólico que puede adquirir el objeto pulsional. La excepción indica la norma (esa es la lógica freudiana que distingue y subvierte el binarismo arbitrario de normalidad-desvío).

Asimismo, y también como efecto del mundo simbólico que habitamos, el psicoanálisis separa la sexualidad de la anatomía sexual. Así, "hombre", "mujer" constituyen categorías que no responden a una anatomía, sino que se trata de lugares simbólicos a conquistar: en un juego identificatorio, y según como opere allí el agujero en lo sexual, el sujeto se situará del lado femenino o del lado masculino.

Volviendo a la historicidad, el psicoanálisis forma parte de la historia de la sexualidad; de hecho, hoy el psicoanálisis es parte constante de la cultura. Freud entonces se ve atravesado por su época: por un lado contribuye a producir una teoría acerca de la sexualidad, la echa a rodar, circula y tiene efectos en la cultura. Por otra parte, no deja de señalar la imposibilidad de abordar lo sexual; entonces la imposibilidad de construir una teoría acabada sobre la sexualidad.

¹ Aunque a la luz de los planteamientos de Donna Haraway el psicoanálisis se ve de nuevo obligado a interrogarse por el valor de este tipo de formulaciones que distingue a las especies en "humana" y "animal", la diferencia no es evidente. Véase Donna Haraway, "Cyborg Manifest", en la web.

En 1905 Freud lanza el escándalo: la sexualidad es infantil. La sexualidad no se reduce a la genitalidad, y al plantear que todo el cuerpo es erógeno, Freud desgenitaliza la sexualidad. La labilidad y parcialidad del objeto pulsional como el indicador de que no hay objeto adecuado, también fisura la idea de una sexualidad adulta, feliz y genital.

Freud tiene el mérito de reconocer y darle un lugar a la imposibilidad de pensar el sexo. La nominación de este agujero en lo sexual, por donde se articula la muerte, será para Freud "el complejo de castración", nódulo del sujeto y límite del análisis freudiano.

Las nominaciones no son sin consecuencias. Así, por ejemplo, David Halperin, helenista foucaultiano, hará en este punto una crítica al psicoanálisis: en la antigüedad los roles sexuales eran: rol activo (el dominador, el penetrador) y rol pasivo (el sumiso). Inmerso en la realidad discursiva de su época, Freud habría operado una serie de falsos deslizamientos: en el rol activo ubica lo masculino y en el pasivo lo femenino, luego sitúa la castración del lado de la mujer y entonces el horror a la feminización en el hombre y la mujer como continente negro.

El modo de nombrar la fisura de lo sexual tiene consecuencias. Y aquí abro un paréntesis, una hebra al costado del tejido: ya en la nominación hay una dirección, un sesgo por donde recibimos y pensamos las cosas. El modo en que acogemos y ponemos en marcha el punto imposible, el nódulo sexo-muerte, como todo lo que pensamos y teorizamos, tiene consecuencias clínicas. Decía Lacan en 1957: "la idea que tenemos de lo que es un análisis incide en los análisis". En el modo de recibir la cosa le damos una dirección a lo que recibimos; si creemos en la genitalidad heterosexual como un modelo de normalidad, la cura irá dirigida hacia allí. El saber que construimos tiene consecuencias clínicas y, me atrevería a decir, también políticas. La nominación de un imposible construye y conduce discursos y conocimientos que pretenderían dar cuenta, justamente, de ese imposible del pensamiento. Queremos pensar lo impensable, argumentamos y teorizamos, las teorías se realizan; hay un poder real en lo que decimos, sobre todo si es proferido por un "experto". Existe un poder realizador de la palabra; entonces, una responsabilidad en lo que pensamos y decimos.

Respecto a lo anterior, considero que el gran valor del psicoanálisis radica en mantener un "irreductible del pensamiento", hacer valer el hecho siguiente: no todo es pensable; el pensamiento se ve agujereado por el sexo. No se trata sólo de asumir que el pensamiento está agujereado por la articulación sexo-muerte, sino de tomar este irreductible como una brújula de orientación, una suerte de instrumento, un bisturí que sabe por dónde cortar y que entonces impediría que el saber se vuelva un sistema cerrado, un Gran Otro, un Ideal. El hacer del imposible de pensar una brújula en el pensamiento, sitúa

al psicoanálisis en los límites del racionalismo. El psicoanálisis no es un saber acabado, no es un sistema de pensamiento, es un saber vivo y abierto, un saber agujereado. El psicoanálisis no escapa a sus propias categorías y Freud no deja de indicarlo a lo largo de su obra.

En cuanto a Lacan, con sus tres registros Real, Simbólico e Imaginario, inventa o descubre otros modos de aproximación al agujero en el sexo, otras formas de pensar lo impensable (a la vez es necesario tener en cuenta que si el psicoanálisis no apostara por la transmisión, sería una secta). Según cada momento de su enseñanza, el modo en que Lacan nombra el irreductible cambia: el goce, objeto "a", agalma, la mujer o la relación sexual como inexistentes. Es el registro de lo real que en su imbricación e imposibilidad respecto a lo simbólico y a lo imaginario asegura un "insimbolizable" y un "irrepresentable". Lacan realiza el esfuerzo extremo por formalizar este punto impensable: topología, lógica, lingüística, fórmulas y grafos vienen, no para asegurar una transmisión del psicoanálisis, sino para asegurar un imposible en la transmisión; ese imposible es lo sexual.

Todo discurso, incluso el discurso del psicoanálisis, es sobre el goce,² dirá en 1970 a propósito de la construcción de sus cuatro discursos, donde el llamado "plus de gozar" es el nombre del agujero en lo sexual en ese momento de su enseñanza.

Tenemos entonces que hay un impensable relacionado con la conjunción sexo-muerte; lo sexual escapa al pensamiento y a todo sistema lógico. Tanto Freud como Lacan se ocupan de resguardar ese irreductible; por lo mismo, el psicoanálisis es un saber inestable, no pretende suturar lo imposible con un sistema de saber, con un sistema Amo.

Las reglas a las que se ajusta la sesión de análisis están hechas para convocar ese punto imposible: libre asociación y atención libremente flotante, dos reglas que son una.

La atención libremente flotante del analista requiere de no fijarse en nada en especial, es decir, mantener un no saber, hacer lugar a lo irreductible, a lo indecible, es condición del análisis. El analista, apegado a la atención libremente flotante, no quiere nada para el analizante (ni éxito ni cura, ni eficiencia ni yo autónomo, ni genitalidad heterosexual). El analista no está exento de asumir fantasmas sociales, o de asumir fantasmas teóricos que terminan regulando la sesión. Un paciente en transferencia puede encarnar las teorías o los ideales del analista como un síntoma. La sesión de análisis no escapa a un real imposible que se juega en la transferencia.

² Lacan (1970).

Poner por delante los ideales del analista en la dirección de la cura es taponar la asociación libre y el irreductible que vehicula; es suturar el deseo con su fantasma (con el fantasma del analista). De esta forma, el analista se apega a un desapego, a un desinterés, a una indiferencia, a una docta ignorancia. La atención libremente flotante requiere de un espíritu abierto y suficientemente analizado como para hacer de la castración su soporte como analista.

Constatamos entonces un doble movimiento que es el mismo: por un lado el sexo socava el pensamiento, no es otra cosa que la enseñanza que recibió Freud de las histerias: fantasías sexuales, pensamientos diurnos y deseos reprimidos erogenizan una parte del cuerpo. Y esto encierra la enseñanza de los pensamientos obsesivos: el ombligo, el nódulo, el punto límite y el punto ciego del pensamiento obsesivo es sexo y muerte; el obsesivo muestra finalmente la estructura obsesiva del lenguaje.

Podemos plantear las cosas de esta manera: Eros mina y contamina el pensamiento, somos pasivos ante la fuerza de eros; por lo tanto, no hay teoría psicoanalítica acabada sobre la sexualidad. Freud tuvo el valor de prolongar la falla en lo sexual con una teoría inestable, como es la suya, sobre la sexualidad. Hay una movilidad en la teoría freudiana; Freud afirma, se desdice, se autocritica, se contradice, vuelve sobre lo anterior; Freud no está de acuerdo con Freud.

Un saber sólo puede ser interrogado desde el exterior. Leo Bersani, foudcaultiano lector de Freud, muestra el combate que éste lleva a cabo consigo mismo. El debate interior al que aludía al principio tiene origen en la lectura y el pensamiento de Leo Bersani, quien, sin ser psicoanalista, en *The Freudian Body* lee a Freud como un psicoanalista y sitúa el valor del psicoanálisis en la movilidad y en la inestabilidad, en el ir y venir de la duda, en fin, en la imposibilidad de construir una teoría acabada y concluyente sobre lo sexual.³

Por ejemplo, Freud no admite en 1920 lo que admitía en 1905. En 1905, en los Tres ensayos de teoría sexual,⁴ Freud conjugaba, en la etapa "sádico-anal", lo sexual con una dimensión violenta, y entonces fanática; mientras que en 1920, en *Más allá del principio del placer*⁵ desdice la conjunción eros-muerte al pretender restablecer el binarismo pulsión de vida-pulsión de muerte. La movilidad de Freud, el combate que lleva consigo mismo, también se manifiesta cuando en los pies de página de *Más allá del principio del placer* cuestiona o desdice lo que escribe en el cuerpo del texto. Justamente estos titubeos hablan de lo que está en juego: la imposibilidad de una teoría esta-

³ Bersani (1984).

⁴ Freud (1905).

⁵ Freud (1920).

blecida y definitiva acerca de la sexualidad, porque la sexualidad está marcada por un imposible. Así, Bersani (1984: 120) pone en valor el psicoanálisis como un saber móvil: "en los puntos de derrumbe de la teoría se encuentra el verdadero psicoanálisis".

He aquí que el psicoanálisis no es puramente un pensamiento teórico. Es una práctica en los extremos del racionalismo, ni magia ni ciencia, ni arte ni religión. Una ciencia de la conjetura, de lo contingente.

La sesión de análisis está también atravesada por estos puntos de derrumbe; la transferencia anuda un real por donde eros hace de las suyas, las posiciones analista-analizante no son recíprocas; no hay reciprocidad amorosa.

Freud le sirve a eros para servirse de él —dice Lacan (1969-1961)—; el analista se presta al amor para servirse del amor. Pero... ¿estamos tan seguros de que el analista queda indemne?, ¿quién sirve a quién?, ¿el analista sirve a eros?, o bien ¿eros sirve al analista?, ¿qué hace el analista con eso que se le transfiere?

Eros pasiviza; el analista no escapa al poder de eros; la supuesta neutralidad del analista se ve afectada por el amor de transferencia.

Allí está el real de la sesión de análisis: el analista está también embarcado. ¿De dónde le surge al analista su intervención en la sesión? ¿De dónde le viene su interpretación? El motor mayor de lo que ocurre en la sesión está dado por la relación del analista con el amor, con la castración y con el otro. Por supuesto, el punto clave será el análisis del analista, es decir, el modo en el que su analista hizo jugar el eros en la transferencia.

Consideraciones finales

Desde todos los tiempos, el sexo se presenta como un impensable, imposible de teorizar; por esta razón produce discursos. El de Freud es el esfuerzo extremo por brindarnos una teoría acerca de lo sexual. Advertido de que la razón está agujereada por el sexo, su teoría tiene el valor de la inestabilidad, la incertidumbre y la movilidad.

Freud se apega al impensable, in-teorizable eros. Su obra es también una advertencia para los psicoanalistas: el psicoanalista se las tiene que ver con eros.

¿Cómo recibe el amor de transferencia?

Bibliografía

Bersani, Leo (1984), *The freudian body. Psychoanalysis and art*, Columbia University Press. En francés: *Théorie et Violence. Freud et l'art*, París, Seuil, 1986.

- (1995), *Homos*, Cambridge, Harvard University Press. En español: *Homos*, Buenos Aires, Manantial, 1998.
- Foucault, Michel (1977), *Historia de la sexualidad*, vols. I, II y III, México, Siglo XXI. En francés: *Histoire de la sexualité*, París, Gallimard.
- Freud, Sigmund (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, vol. VII, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1912a), *Consejos al médico para el tratamiento psicoanalítico*, vol. XII, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- (1912b), *Sobre el amor de transferencia*, vol. XII, *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Halperin, David (2000), "Platón y la reciprocidad erótica", en *Cuadernos del Litoral*, Buenos Aires. En inglés: "Platón and erotic reciprocity", en *Classical Antiquity, Regent of the University of California*, vol. V, núm. 1, abril de 1986. En francés: "Platon et la réciprocité érotique", en *Cahiers de l'Unebévue*, París, Epel.
- Lacan, Jacques (1960-1961), *Seminario La transferencia*, Buenos Aires, Paidós.